

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—La educacion de la mujer.—Historia de una cruz.—¡ A mi madre !

## LA EDUCACION AGRÍCOLA DE LA MUJER.

Aunque no tiene el carácter de problema, se necesita mucho valor para tratar de este asunto, hoy que se pretenden en favor de la mujer todas las cátedras y todos los doctorados ajenos al dominio de la Naturaleza; veamos si al presentarnos ante el enemigo, es decir; ante la opinion del más ilustrado número de eminencias, empuñamos armas bastante firmes y poderosas para dejar triunfante nuestra pretension y asegurado el dominio de nuestro ideal sobre razonamientos indiscutibles.

Primero, y aunque ligeramente, por no desviarnos del asunto fundamental, y por no descubrir principios que más tarde se harán públicos en obra con pretensiones de importante, primero veamos que es la mujer. Con breves palabras se puede definir su personalidad. La mujer es lo que se quiere que sea; sentimiento, fuerza, imaginacion é inteligencia, todo fué en ella repartido al igual que en el hombre, que para ser su mitad la formó el Creador, y no hay mitad que no participe de los beneficios del todo. Trabajos de excesiva maternidad, acarreada tal vez por intemperancia de varon, tendencias de la ignorancia hácia una soberanía excesiva y otras causas afines perdidas en el trascurso inmenso de los siglos, la rebajaron de su primitivo nivel, oscureciendo algunas de sus dotes nativas, viéndose al presente relegada á una inferioridad más aparente y aceptada que efectiva, y mucho más funesta para el hombre que para ella misma: por lo tanto, y séame permitido usar del símil, la mujer es materia dispuesta á realizar todos los fines, siempre que no se separen de aquellos que la impuso Naturaleza al destinarla para esposa y madre del hombre; la mujer puede serlo todo menos aquello que sea incompatible con su condicion de mujer: cátedras, doctorados, derechos, no niego nada, y aun es más, lo acepto, si el catedrático el doctor y el legista pueden ser buena esposa y buena madre.

Si la humanidad, con sus adelantos maravillosos con su progreso moral que, aunque lento y sujeto á retrocesos, se verifica por un movimiento muy sensible de avance hácia el perfeccionamiento; si la humanidad llega á encontrar el medio de que los hijos del hombre se crien sin hogar, vivan sin amor y luchen sin pasiones, entonces nada más justo que la participacion completa y práctica de la mujer en todos los destinos hoy exclusivos del hombre. No dudo del perfeccionamiento, no niego que podrá subsistir la sociedad, mejor dicho, que se formará otra nueva sociedad con bases acaso más sólidas y principios tal vez más fijos que los que sostienen nuestras actuales sociedades; no rechazo el ideal, ni supongo imposible todo aquello que tienda á realizar ventajas para la gran familia humana y resultados beneficiosos á su mision co-

lectiva, que es lograr el mayor grado de bondad y de belleza. Pero como quiera que todo esto, dado caso de que llegue á ser un hecho, se ve remotamente alejado de nuestra generacion y á tan inmensa distancia de los ideales que hoy forman el núcleo de nuestra sociedad, el pensar en un avance tan radical, más bien parece un mito de imaginacion extraviada que una esperanza sensata en la trasformacion del porvenir.

Con nuestros ideales, con nuestras aspiraciones, con nuestros deseos, nuestros sentimientos y nuestros actos; es decir, tal y conforme se aprecia hoy lo bueno y lo bello, es un completo absurdo la llamada emancipacion de la mujer; y en las condiciones de ignorancia y de ofuscacion en que hoy se encuentra teniendo en cuenta el espantoso vacío de nuestro cerebro, que cien y cien generaciones llenaron de rutinas supersticiosas, de puerilidades y de hipocresía; teniendo en cuenta los escasísimos recursos que tiene, en el presente la inteligencia femenina para marchar á la par del hombre por todos los caminos de la vida y lo expuesta que está á perderlo todo si intenta poseer más de lo que pudiera defender, el arrojarla á la lucha es contraproducente, ilógico y funesto; es más, creo que es hasta hacerla retroceder en el camino de su progreso. Elementos para redimirse de la ignorancia, que como mancha sombría oscurece su altísimo entendimiento; sólida ciencia aprendida en los rincones del hogar y en una soledad prudente; profunda ilustracion, altísimos ideales de virtud, he aquí el principio de todas esas grandezas futuras, que acaso vean nuestros nietos, pero que jamás en el seno de nuestra sociedad logrará la mujer sin afrontar el ridículo, arma poderosa que la razon esgrime con seguro resultado, cuando en vez de enaltecerla se la insulta, cuando en lugar de acatarla se la escarnece.

Las aptitudes de la mujer son infinitas; puede serlo todo, pero debe ser primero mujer, y la realidad es bien manifiesta, todavía no sabe lo que es ser mujer; ¿cómo, pues enseñarla á ser hombre! Hoy por hoy, mejor dicho, desde hoy hasta los más remotos horizontes del porvenir, no se ve otra cosa para la mujer que la familia y el hogar, con todas sus derivaciones de amor, dulzura, expansion, paz, alegría, confianza, castidad, sencillez y religion: todo cuanto se relacione con la mujer gira al presente, y girará mientras no cambien los principios sociales, sobre su mision de hija, esposa y madre; todo cuanto de ella trate estará ligado al recinto familiar, á ese santuario donde el hombre descansa, donde los hijos juegan, donde la mujer reina; imposible arrancarla de su centro sin exponerla al escarnio; imposible es procurar su elevacion, si para conseguirla hay que cerrarla las puertas de su morada, y sumir en la oscuridad y en el silencio la cámara nupcial.... Hacer que se posea bien de su mision actual, es el único medio de que avance en la senda de la perfeccion y del engrandecimiento; hacerla cumplir escrupulosa y noblemente sus misiones actuales, es prepararla para una emancipacion justa y razonable, y obligar á que las leyes la otorguen los mismos derechos concedidos á su compañero; que sepa formar hombres capaces de respetarla, y habrá dado el primer paso hácia esa igualdad de destinos y de misiones, fantasma que persigue nuestra generacion con la impetuosidad de la locura. ¿Cómo llegar al fin sin tener los medios? esto es lo que al presente se intenta. Conquistar el terreno perdido sin armas de ninguna clase, escalar los primeros puestos; sin tomarse la molestia de subir ningun peldaño; hacerse dueño de las alturas sin quitar los obstáculos al camino; muchas exclamaciones, mucho movimiento, mucho ruido, quererlo todo, intentarlo todo, y en realidad no hacer nada; perder el tiempo lastimosamente, y en vez de trabajar con fé y con valor, en vez de encerrarse en la oscuridad y armarse en el silencio con armas invencibles, en vez de tejer como el gusano de seda un recinto aislado donde adquirir nueva vida y brillantes alas, toda la energía se gasta en frases, en proyectos, en fastuosas exhibiciones de personalidades.

Reconocida la suficiencia de la mujer para compartir, como sér pensante, los destinos del hombre, y habiendo visto que sus ideales son, al presente, el cumplimiento perfecto de sus misiones de hija, esposa y madre, con antelación, aunque sin excluirlos, de todos cuantos destinos se la encomienden, poca inteligencia se necesita para ver la necesidad eminente de la mujer agrícola, acaso primera condición para el enaltecimiento de la mujer. En efecto, la agricultura es el culto que se rinde á la Naturaleza, templo augusto de Dios; en ella están los veneros de todas las riquezas, la fuente de todas las felicidades; sin ella, por sabido pudiera callarse, no hay Estado, no hay industria, no hay comercio, y aun las artes, con ser las hijas predilectas del espíritu libre y eterno, no pueden adquirir sin ella su mayor grado de elevación; sin ella, en una palabra, el hombre no podría subsistir, por que siendo el primogénito de la Naturaleza, el separarse de ella sería su muerte, y sin la agricultura no puede haber relación alguna con la madre universal de los hombres; el poseerla no excluye el hogar; al inverso de todas las demás ciencias, que necesitan desenvolverse fuera de la soledad y del silencio, la agricultura reclama el hogar como indispensable; sin él no puede subsistir, y le quiere modesto, sencillo, retirado y alegre; en tanto que todas las carreras del hombre buscan en el bullicio de numeroso público sus elementos de prosperidad, la agricultura rechaza toda espectación, busca el aislamiento, y solamente bajo el techo de una morada tranquila, de un hogar escondido y lleno de severa rectitud es donde puede encontrar su mayor grandeza.

Progreso, elevación, todo puede lograrse por medio de la agricultura, y nada es posible conseguir sin su valiosa intervención. Pues bien; la mujer, esa criatura tan semejante á la Naturaleza, como ella madre y como ella hermosa, vive ignorando completamente los ritos de ese culto que tal vez sea el mejor recibido en los reinos de Dios. Nada de común quiere tener la mujer con la Naturaleza, y con tenacidad pasmosa se opone á todo aquello que se relaciona con ella. Bien fácil es pasar una ligera revista á las mujeres españolas. ¿Dónde está la agrícola? En ninguna parte. Se ve á la mujer erudita, á la elegante, á la mujer artista, á la literaria, á la plebeya y á la aristocrática, y aun se ve también á la científica, pero jamás se ve á la agricultora: parece ser que la mujer no puede subsistir sino en la ciudad; fuera del bullicio, de la animación, del ruido, de las vanidades y de las lisonjas, le es imposible la vida, porque, no hay que hacerse ilusiones, los pueblos rurales son hoy, con extrañas excepciones, una caricatura de la ciudad, y en ellos la mujer es la *ciudadana* de pueblo, con todo el cortejo de errores que acarrea la vida ficticia de un populoso centro: en cuanto á la mujer agrícola, es inútil buscarla, no se la encuentra jamás; la viudez prematura; una ausencia forzosa del esposo, el padre, ó el hijo; la tiranía de un marido soez que no se fia de administradores, ó que los suprime por economía, y otras causas, siempre inevitable necesidad, son las que hacen que ciertas mujeres de clase elevada, ó de modesta posición, empuñen el timón de una, ó de varias fincas de labor, y aun si se quiere de un laboreo importante; pero siempre lo realizan, primero, por imprescindibles y transitorias circunstancias; segundo, con una repugnancia y violencia incompatibles con la prudente serenidad que requieren los trabajos agrícolas, y siempre, siempre se sujetan de hecho á la inspiración de aperadores y mayordomos que en realidad son los verdaderos dueños de la labor, y ante cuyo consejo práctico y entendido, relativamente, enmudece la mujer, ignorante en todo aquello que se relaciona con la ciencia agrícola, ciencia eminente y profunda para la cual no basta ni la rutina, ni la tosca práctica del trabajador de los campos. Fuera de estas excepciones de mujeres que no pueden llamarse agricultoras, aunque bajo su nombre se ejecuten los trabajos de sus heredades, no se encuentra en ninguna parte á ese tipo de hermosura femenina llamado á regenerar el hogar del hombre con las sublimes virtudes aprendidas en el

seno de la Naturaleza, y, sin embargo, nada hay que sea tan anexo á sus misiones como el conocimiento de aquellos misterios de la tierra, madre regeneradora de la humanidad, cuyos eflúvios cariñosos llenan de perfumes los aires y de vigor la existencia.

Todo se le ocurre á la escuela emancipadora menos emanciparnos de las pasiones que enervan y prostituyen. Se nos quiere llevar á las clínicas á recoger en los despojos de la muerte los remedios para la vida; se nos quiere subir á la cátedra para discutir las leyes de la fuerza y de la razón, y proclamar entre ambas el triunfo del derecho; se nos quiere confundir entre las muchedumbres para guiarlas desde la tribuna, con toda la elocuencia de las pasiones de partido; se nos quiere arrojar en los oscuros recintos de las abstracciones filosóficas para que añadamos una palabra más á cuantas teorías inventó el hombre respecto á su principio y á su fin, y nadie pide para nosotras la ciencia de la tierra, de las estaciones, de los vientos, de las semillas, del frío, del calor, de la luz, de la sombra, del movimiento, de la vida y del reposo... ¡Y acaso por este solo camino se pudiera regenerar nuestro sexo, ultrajado hasta la exageración, ó hasta la exageración enaltecido!

¿Por qué á la niña que va sumisa á la enseñanza pública ó privada no se ha de enseñar lo que debiera ser fundamento de educación? ¿No se ha pensado nunca en que esas jóvenes, destinadas al matrimonio, pudieran muy bien ser como el centro de un sistema en el cual se encontraran todas las virtudes, y dentro del que podría irse verificando la regeneración social? ¿Es acaso que la naturaleza no ofrece bastantes elementos para perfeccionarse, para engrandecerse, para realizar todas las venturas y poseer todas las dignidades? ¿O tal vez se cree que la mujer perdería sus encantos, su poesía, su valer, arrojándola en medio de los campos? ¡Oh funesto error! ¡Oh rutina de costumbres pervertidas, que impides á la mujer emprender el único camino para la posesión de sí misma!

La naturaleza; la bella entre las bellas; la más sabia de todas las hijas; la más casta y amante de todas las esposas, se estremecería de regocijo si contemplara á la mujer rindiéndola el homenaje que se merece, y la mujer recogería el fruto de su adoración, al esparcir en derredor suyo las flores hermosísimas de la virtud recogidas en las soledades campestres.

La mujer *científicamente agrícola*: la que mirando el azul de los cielos señalase la parda nubecilla precursora del huracán y de la tormenta; la que eligiese sin vacilación la semilla fecunda, capaz de desarrollarse por el calor del sol y la humedad de la tierra; la mujer que con reposado acento diera la orden de la recolección, segura de sus beneficios por el conocimiento de la sazón del grano ó del fruto; la que sin zozobra improvisara un aparato que pudiera sustituir en caso de rotura la pieza del arado ó de la trilladora; la que en el silencio de su laboratorio analizara las combinaciones químicas, capaces de librar á la planta ó al árbol del dañino insecto ó de la epidemia funesta; la que á través de los rayos solares buscara en el microscopio las causas del empobrecimiento del vegetal, ó de la estenuación de la ganadería, esa mujer capaz de formar el capital de sus hijos con las rentas de sus fincas rurales, mejoradas constantemente por una entendida dirección agrícola, esa mujer es la más necesaria en nuestra sociedad, pletórica de carreras, de salón, de ateneo, de academia y de tribunales.

¿Y al realizar tales actos se rebajaría en algo la hermosa y casta dignidad de la mujer? ¿Quedarían abandonados su hogar y sus hijos? ¿Se olvidaría de sus deberes de esposa? Léjos de suceder esto, el hogar volvería á sentir ese calor de la virtud que ya le va faltando, los hijos no se verían tan olvidados como al presente, y sus deberes de esposa, cumplidos sin esos distingos de conveniencia con que en la actualidad se aceptan, llegarían á colocarla á la altura de verdadera compañera del hombre. En

cuanto á su ternura, á su poesía, á ese perfume de bondad y de belleza, patrimonio exclusivo de la mujer, que desaparece rápidamente cuando se la despoja de todo lo que es puro y delicado, en cuanto á ese encanto que le presta todo lo suave, lo ameno, lo sencillo, ¿dónde podrá adquirirlo mejor que bajo el espléndido azul del cielo? Todos los actos de la mujer agrícola tienen que ser castos, suaves y bellos. Apenas el sol dora los valles y los montes, empieza á cumplirse su misión de madre amorosa; todo un mundo viviente estará esperando su aparición para comenzar el movimiento; el hogar encendido, chispeando la leña, reclamará el reparto de las provisiones cotidianas; las mujeres de la casa, después de una salutación respetuosa, la pedirán las órdenes de los trabajos que han de cumplir; sus hijos, por ella misma vestidos, por sus besos despiertos á las luces del alba, frescos y sonrosados, llenando la casa con el bullicio de sus risas y el rumor de sus juegos, se agruparán á su alrededor escondiéndose entre los pliegues de su falda ó haciendo nudos en la punta de su delantal, y la pedirán, con esa algazara de la niñez, tan parecida á los gorjeos del pájaro, que les dé el desayuno ó que los deje ir á besar los corderillos recién nacidos; las yuntas, con el yugo ceñido, golpeando con el casco las piedras del corral ó mugiendo impacientes por emprender el trabajo, cuya recompensa será el heno perfumado en el caliente establo, desfilarán por su mandato, guiadas á la voz de aquellos firmes campeones de la Naturaleza, cuyo robusto brazo abre los surcos de la tierra. «Dios la guarde;» dirán al pasar á su lado estos hijos del trabajo, y al recuerdo de sus caritativas mercedes, se llevarán la mano á la gorra ó al pañuelo, porque en ella contemplarán á la protectora de sus hijos, al consuelo de sus desgracias, á la cariñosa amiga de sus esposas ó de su madre. Dispuesta siempre á la entendida dirección del trabajo, ella les dirá las tierras que hay que labrar; les dará las semillas más convenientes á los terrenos de siembra; les demostrará la necesidad de la premura en las faenas de la recolección; lo preciso de la profundidad en el trabajo de la cava y su palabra sóbria, elocuente, llena de sabiduría y sencillez, será el primer rayo de luz que descienda á las inteligencias de esos hijos del campo, sumidos en la noche de la ignorancia por falta de caridad, de dulzura y amor.

ROSARIO DE ACUÑA.

(Concluirá.)

## HISTORIA DE UNA CRUZ.

### I.

Cuenta el vulgo muy formal,  
Que una mujer se murió,  
Y como herencia dejó;  
Una gran cruz de metal.  
Con la expresa condición  
Que aquella cruz se entregara,  
Al hombre que demostrara  
Vivir sin una aflicción.  
Y fiel un testamentario,  
A la orden de la difunta,  
A los otros dos en junta  
Les dijo— «Creo necesario  
Que uno de nosotros tres  
Vaya sin perder segundo,  
A ver si encuentra en el mundo,

Quien viva sin un revés.

De la desgracia el capuz  
No todos han de llevar;  
Alguno se ha de encontrar  
Que viva sin una cruz.

Voy de mi deber en pos  
A ver si encuentro en la tierra,  
Alguien que viva sin guerra  
En paz y en gracia de Dios.

Dentro de un año vendré  
Y si aun conservo la cruz,  
Es señal de que no hay luz  
En este mundo sin fé.»

### II.

Se marchó el testamentario

Lleno de intencion leal,  
Y en un templo, muy formal  
Cerca de un confesonario,  
Se postró; y al confesor  
Le dijo: ¡Padre del alma!  
¿Vive usted con esa calma  
Que nos conduce al Señor?  
Y explicándole el encargo  
Que cerca de él le traia  
Le dijo,—En usted creia  
Hallar la paz —Sin embargo,  
Le dijo el siervo de Dios:  
No vivo yo cual tú dices;  
Soy *hombre* .. y por mis deslices  
Camino del mal en pós.

III.

Salió del templo y se fué  
Ante un palacio opulento,  
Y habló á su dueño que atento  
Le dijo:—Yo le diré:  
Yo era pobre, y el dolor  
Me acosaba, ahora soy rico;  
Y á la verdad, no me esplico  
De cuando he estado peor.  
Que si es un mal la pobreza  
Porque el goce nos ataja:  
La pobreza.... es cruz de paja!  
¡Cruz de plomo es la riqueza!

IV.

El emisario marchó  
Y ante una jóven novicia,  
Que en sus sueños acaricia  
Una paz que no encontró.  
Ante aquel ángel de luz  
Él se postró reverente;  
Y le ofreció humildemente  
El presente de la cruz.  
Más la jóven religiosa  
Con melancólico acento,  
Le dijo así: «Mucho siento  
No ser cual pensais, dichosa.  
Yo busco á Dios en la tierra  
Para que me hable del cielo;  
Y no encuentro en mi desvelo  
Más que el móvil de la guerra.  
¡Una cruz me quereis dar!...  
¡Y qué más cruz que la mia!...  
¡Si á Dios busco en mi agonía  
Y no le puedo encontrar!...

V.

Nuestro buen hombre siguió  
Adelante en su jornada,  
Y á una jóven desposada  
De esta manera le habló:  
—He sabido vuestra historia;  
Dicen que sois venturosa,  
Que del que amais sois esposa  
Y que vivís en la gloria.

Y le siguió relatando  
La árdua mision que él tenia;  
Y que ella le parecia  
Muy dichosa.—Suspirando  
La jóven titubeó  
Un momento en contestar;  
Más dejó de suspirar  
Y de esta manera habló;  
—Feliz no me considero  
Porque quiero demasiado;  
¡Tengo celos! de mi lado  
Si él se aparta... yo me muero.  
Guardad vuestra cruz Señor  
Que llevo una cruz muy fuerte;  
¡Tengo celos de la muerte...  
Que podrá más que mi amor!

VI.

Y el emisario siguiendo  
Fué su ruta por el mundo;  
Y segundo por segundo,  
Un año fué trascurriendo.  
Y ya cansado y mohino  
Avisó á sus compañeros,  
Que harto de cruzar senderos  
Terminaba su camino,  
Le fueron á recibir  
Y al ver que la cruz traia,  
Preguntáronle á porfía  
Y él les comenzó á decir:  
Que á todas partes llegó  
Por la dicha á preguntar,  
Y no la pudo encontrar  
Aunque el mundo recorrió.  
En esto acertó á pasar  
Un hombre que iba diciendo:  
¡La *felicidad* yo vendo!  
¿Quién me la quiere comprar?  
¡Alto! le dijeron todos  
Los testamentarios;—Oiga—  
Nuestro ruego no desoiga,  
Y díganos de qué modos  
Halló esa felicidad  
Que hoy la vende al que la quiera.  
—Es feliz todo el que espera  
En Dios y en la eternidad.  
Les dijo el hombre con calma;  
—Por esto yo feliz soy;  
Porque tejiéndome voy  
La túnica de mi alma.  
Yo soy uno de esos pocos  
Que espiritistas los llaman,  
Y que los cuerdos aclaman  
Con el dictado de locos.  
Yo sé que he vivi lo ayer,  
Que viviré eternamente;  
Que llevo escrito en mi frente  
La grandeza de mi sér.  
Que si al crimen yo resisto  
Y progresa el alma mia,  
Tal vez llegue á ser un día  
Un fiel modelo de Cristo.  
Soy artista de mi mismo,

Puedo gozar ó sufrir,  
Puedo hasta el cielo subir  
Ó lanzarme en el abismo.  
Dueño de mi libertad  
Si voy del progreso en pos;  
¡Puedo acercarme hasta Dios!  
¿Queréis mas felicidad?...  
No hay más dolor en la tierra  
Que él que cada cual se busca;  
El pensamiento se ofusca  
Y aun el mismo bien se aterra.  
Pero el que sabe esperar  
Diga cual yo voy diciendo;  
¡La felicidad la vendo!  
¿Quién me la quiere comprar?  
—Entonces le dijo uno,  
Escuchadme, y le contó  
Cuanto con la cruz pasó  
Y el no haber visto á ninguno.  
Que se pudiera quedar  
Como dueño de la herencia;  
Y ya que su gran creencia  
Le hacia en mañana esperar.  
Que guardase aquella cruz  
Con amor grande y profundo,  
Por ser la cruz en el mundo  
El símbolo de la luz.  
El espíritu tomó  
El emblema sacrosanto  
Diciendo.—Seguidme en tanto  
Que á esa cumbre llegue yo.

VII.

Subieron á una colina  
Y en un altar derruido,  
Que sin duda habia tenido  
Una imagen peregrina.  
El espíritu dejó

El hermoso crucifijo;  
Y volviéndose les dijo;  
—Símbolos no guardo yó;  
Por tanto la dejo ahí,  
Y el signo de redencion,  
Quizá inspire una oracion  
Al que pase por aquí.  
La cruz no debo guardar  
Porque yo en cruces no creo;  
No hay cruces cuando hay deseo.  
De querer y progresar.  
Para la gente sencilla  
Alzad cruces en buen hora;  
Que la plebe pecadora  
Doble ante ella la rodilla.  
Por algo ha de comenzar  
Para aprender á creer;  
Que nadie puede leer,  
Sin antes de letrear.  
Más para buscar la luz  
Y la regeneracion,  
No se vive en la inaccion  
Prosternado ante una cruz.  
Sinó imitando de aquel  
Que murió en ella, el consejo:  
Amando al niño y al viejo,  
Siguiendo el precepto fiel.  
Del Divino Redentor,  
Que dijo á la humanidad;  
¡Solo existe la verdad  
En las leyes del amor!  
Dejemos la cruz aquí  
Que yo no la necesito;  
¡Porque tengo el infinito  
Abierto siempre ante mí!  
Y el espíritu se fué  
Y los otros exclamaron:  
¡Dichosos los que esperaron!  
¡Bendita sea la fé!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

¡ A MI MADRE !

Vine á este mundo de pruebas no se por que causas ó delitos de encarnaciones anteriores.

Ya llegará el dia que lo sepa.

Recibida en la religion católica porque en ella vivian mis padres fuí bautizada y como es consiguiente me inspiré en esta doctrina.

Educada en un país de costumbres exageradamente místicas, corrieron mis primeros años de infancia dulcemente, con una instruccion que se resentia de aquellas creencias.

Obligada á cumplir los preceptos de la doctrina fuí cien veces al pié del confesonario donde hubiera aprendido lo que no sabia á no haberse hallado en mí muy firme el sentimiento de virtud.

Mi idolatrada madre dejó este mundo cuando yo apenas contaba cuatro años y apesar de que mi carácter era alegre se observaba en mí el fenómeno que nadie se daba cuenta, y era que cuando más entretenida estaba con mis amigas en los juegos infan-

tiles me separaba de todas y me sorprendian llorando en el rincon más apartado. ¿A qué causa obedecía este efecto?

No lo sabia, pero si recuerdo que siempre era la memoria querida de mi santa madre que embargaba todo mi sér. Me parecia que la veia, que la tenia siempre presente sin conformarme que se hubiere separado de mi lado para no verla más. En mi debilidad y á veces en mi desesperación solia exclamar: Dios mio, porque me habeis hecho conocer el cielo haciéndome nacer de madre tan buena y virtuosa, para despues hundirme en el infierno en poder de otra que le usurpa el nombre? ¿Es posible que no vea más á la que me dió el sér y pase mi existencia bajo la dominación de esta mujer autoritaria? entonces se apoderaba de mí la melancolía, culpaba á todos de mi desgracia y hasta contra Dios me habria rebelado no conformándome con que se me hiciera tanto sufrir cuando á mi juicio no lo merecia; pero la razón me llevaba al arrepentimiento y pedia perdon á Dios.

En mi querida patria ¡tristes recuerdos! ví encenderse las guerras, muchas veces provocadas por el fanatismo ciego y criminal de los llamados á predicar la paz y es más, ví que sus prédicas no tenian más base, más fin que el lucro, el alimento de sus pasiones.

Así fuí comprendiendo la podredumbre que encierra generalmente toda la predicación de los hombres.

Y sin embargo necesitaba orar y con fé ciega dirigia mi espíritu á un sér superior.

Deseaba saber y se me prohibia leer la biblia y cuanto pudiera instruirme en mis creencias. Vivid desgraciados en el oscurantismo, ese era el lema.

Así pasaron mis años, unas veces creyendo, otras dudando, buscando esa fé que me atormentaba en lucha con mi inteligencia.

Inútil es que cuente al lector el trascurso de mi vida en esos vaivenes de fortuna que son consiguientes en este mundo.

Llegué por fin á este suelo de mis más gratos recuerdos, á donde me estaba destinado que habia de recibir la luz de verdad. Y en efecto, pasaban los dias y en uno de feliz memoria tuve la dicha de conocer á un amigo que hoy es mi hermano más querido.

¿Cómo pagarle aquellas primeras palabras de Espiritismo que oía por primera vez y que llegaron á mi alma? Dios lo sabe y él lo sabrá algun dia.

Leí las obras de Allan Kardec. Las horas pasaban sin sentir con aquel libro de tan sublime doctrina y bien pronto fuí en cuerpo y alma una entusiasta espiritista.

Más tarde conocedora de los fenómenos físicos de las mesas parlantes quise evocar á mi madre.

¡ MADRE MIA !

Ella me oyó; lloré de dicha y creí sentir el placer de los placeres al saber que la tenia á mi lado, que me dirigia sus tiernos cariños y su santa palabra porque realmente era una santa.

No olvidaré nunca la noche en que tomando posesión de una médium parlante me dirigió la palabra de esta manera: «Doy gracias á Dios todo poderoso porque me ha concedido la dicha de poderte decir, hija mia estoy á tu lado. Vivo; soy inmortal.»

Ya desde ese dia la llamo, la dirijo mis súplicas, le pido su consejo, le digo que dirija mis pasos y le afirmo mi fé en el espiritismo.

Que raudal de encantos ofrece al alma la doctrina espirita.

Y todavía vivís negándola y quereis seguir en vuestros errores. ¡Desgraciados! No sabeis la dicha que ofrece doctrina tan consoladora y por eso no podeis sentir su inmensa felicidad.